



JOSÉ ANTONIO ZAFRA ANTA

Médico estomatólogo

Sin tener ningún antecedente familiar dedicado a la Medicina y, después de pasar por distintas especialidades, descubrió la que, por su autonomía, independencia e importancia para la salud del paciente, reunía todas las expectativas que había estado buscando desde que terminó la carrera; la Estomatología. Desde entonces no ha dejado de interesarse por todos los avances que han ido surgiendo dirigidos a mejorar la calidad de la atención a las personas que depositan en él su confianza.

PREGUNTA.- ¿Cómo fue su infancia?
RESPUESTA.- Nací en Lamalonga, provincia de Orense. Era una aldea de unos 350 habitantes que vivía de la agricultura y la ganadería, inmersa en una economía de subsistencia y en la que todo se reciclaba (en lo que se llama ahora economía circular), y que estaba en las antipodas de lo que se hace hoy.

Soy el mayor de siete hermanos. Mi padre era guardia civil, mi madre se afanaba por sacarnos adelante. Viví los primeros años en casa de mis abuelos maternos, una buena casa de aldea que era, además, vivienda común con los tíos solteros y el personal de servicio. Era un microcosmos del que guardo gratos e imborrables recuerdos.

A partir de los seis años comencé en la escuela de la que era maestro mi abuelo. Se organizaba para enseñar a la vez en una única aula a todos los niños de la aldea que estaban en edad escolar, unos 40 alumnos. Eran unas clases de una variedad asombrosa. A ratos, bien organizados, los mayores se convertían en profesores de los más pequeños y al enseñar lo aprendido fijaban sus conocimientos de una manera muy eficiente, otras veces todos asistíamos a la clase magistral. Se organizaban campeonatos de lectura, de dictado, recitado de poesías, localización de accidentes geográficos en enormes mapas que tapizaban todas las paredes, etc. Al jubilarse mi abuelo le dieron la máxima distinción que se otorgaba en aquella época a un maestro, la Medalla de Alfonso X el Sabio, la cual le llenó de satisfacción, pero jamás hizo ostentación de ella.

Desde los cinco o seis años los niños ayudábamos en las más diversas tareas. Misión importante y de gran responsabilidad era llevar la comida a los campos donde estaban trabajando los adultos, lo hacíamos montando un caballo y sujetando el recipiente encima de la silla con los antebrazos para que no se volcase y alcanzar el destino en perfectas condiciones. Era estimulante llegar con comida y bebida y ser recibido con júbilo y felicitaciones. Todavía hoy me inquieto cuando pienso que si alguna vez se me hubiese caído el recipiente los hambrientos trabajadores se hubiesen quedado sin comer.

Bajo el punto de vista de la sociedad actual, muchos pensarían que era explotación infantil, lo cierto es que lo hacíamos de buen grado y daba fortaleza al considerar que contribuíamos al bien de la familia. Aunque teníamos tiempo para los juegos, en aquella sociedad no se concebía estar ocioso e improductivo.

P.- ¿Cuándo deja la aldea?

R.- Dejé la aldea a la edad de 10 años para examinarme de ingreso de



Lamalonga, vista parcial. 1979.



Los siete hermanos, mediados de los sesenta en Madrid.



Abuelo Serafín recogiendo medalla de Alfonso X el Sabio. 1967.

“En aquél Oviedo de principios de los sesenta no se podían cursar muchas carreras y mis padres sabían que la única forma que tenían sus hijos de mejorar era estudiando duro”

Bachillerato. Por entonces mi padre fue trasladado a Oviedo y allí me enfrenté a lo que era un mundo completamente desconocido, de la escuela de mi abuelo a examinarme ante un tribunal con ejercicios escritos y otro oral que imponía muchísimo. Lo superé sin problemas y comencé a estudiar primero de Bachillerato en el Instituto Alfonso II. En aquél Oviedo de principios de los sesenta no se podían cursar muchas carreras y mis padres sabían que la única forma que tenían sus hijos de mejorar era estudiando duro, pero sin vivir en una gran ciudad no sería posible, ya que no tendrían recursos para enviarnos a todos a colegios mayores. Por ello, solicité traslado a Madrid. El destino se lo concedieron en pocos meses porque era un lugar poco demandado al ser de mayor riesgo y trabajo.

Solicitaron mi traslado y en el instituto que me correspondía, el Cervantes, no había plaza. Por un golpe de azar fuimos a dar a un colegio privado muy pequeño, San Saturio, en la calle Bernardino Obregón, Embajadores. Allí había unos maravillosos profesores de los que guardo un gratisimo recuerdo y que nos enseñaron lo necesario para el cómodo acceso a la Universidad. El director, don Ignacio Elena, era exigente y buenísima persona. El Bachillerato tenía dos reválidas, la de cuarto y la de sexto y después el curso Pre-universitario, todos esos exámenes eran en el Instituto Cervantes. Si no aprobabas no pasabas al siguiente ciclo y si no obtenías una calificación superior a notable no te daban la beca con la que pagar parte del coste del colegio.

En la Universidad profundizas en un área del conocimiento, pero son las enseñanzas Primaria y Secundaria las que dan una base sólida y contribuyen de manera decisiva a formarte como persona.

Durante los primeros años de nuestra estancia en Madrid vivíamos en una casa cuartel, lo que implicaba que mi padre tenía que estar de servicio o



Con Paloma, entonces mi prometida, y varios integrantes de la promoción en la AGM (Academia General Militar) de Zaragoza. 1979.

pendiente de ser llamado las veinticuatro horas, siete días a la semana, excepto el mes de vacaciones, en agosto. Siempre que estuviese fuera de casa debía de vestir el uniforme.

Mi madre se organizaba para administrar el escaso salario que ganaba mi padre economizando como nadie, incluso encontraba tiempo por las noches para tejer jerséis para todos.

En casa siempre había mucho bullicio a la hora de las comidas y demás ratos de ocio, pero los tiempos de estudio eran respetados y podíamos hacer los deberes con tranquilidad, todavía ahora no puedo explicarme cómo nuestros padres controlaban a los más pequeños durante los juegos para que los mayores pudiésemos aprovechar el tiempo.

Nuestros padres nos inculcaban con decisión y cariño, además de las demás virtudes propias del catolicismo, la necesidad de estudiar, evitando las distracciones y objetivos a corto plazo y teníamos que luchar contra las tentaciones de un entorno en el que todos empezaban a trabajar al terminar los estudios obligatorios a los catorce años. Con las aportaciones de los hijos las familias conseguían lo que por entonces (mediados de los sesenta) eran lujos como comprar un coche o tener la última novedad en televisores.

P.- ¿Por qué decide estudiar Medicina?

R.- En mi familia no había médicos. En el Bachillerato me inclinaba por la Biología, descarté algunas opciones como Biología Marina o Veterinaria. Me decidí por Medicina porque era la que tenía más salidas y siempre había tenido en mente la figura del médico de mi pueblo, don Vicente, llegando a cualquier rincón, primero a caballo y más tarde en coche, muy apreciado por todos. Recuerdo que tenía un aspecto imponente, distinguido y seguro de sí mismo. Años después fue un internista del Hospital Gómez Ulla, del que sólo recuerdo que se llamaba Juan Pablo, el que curó a mi hermano Luis cuando enfermó gravemente de meningitis. Todas esas vivencias hicieron que deseara ser médico.



Doctores con los que estuve de observador en sus clínicas.

“En mi familia no había médicos. En el Bachillerato me inclinaba por la Biología, descarté algunas opciones como Biología Marina o Veterinaria”

Al terminar los cursos cuarto y quinto conseguí becas para ir en los veranos a hospitales de Europa, estuve concretamente en Feltre, Italia (provincia de Belluno en el Veneto) y otro en Zagreb (antigua Yugoslavia), fueron experiencias formidables; estaba las 24 horas en el hospital, todos se desvivían por enseñarme con un trato cercano y profesional. Comprendí de esa manera que los médicos formamos una familia que no entiende de fronteras políticas.

P.- Una vez concluida la licenciatura, ¿cómo enfocó su vida profesional?
R.- Tomé una decisión peculiar, como los exámenes tipo test no eran precisamente mi fuerte, en el examen MIR no obtuve nota que me permitiera tener plaza en un hospital madrileño y no quería salir fuera porque ello me daría una vida de incertidumbre durante años. Por entonces, al acabar el primer año, llamado Rotatorio, se opositaba otra vez para ser Residente, al acabar la residencia ibas al paro y otra vez oposición para ser Adjunto, a todo ello lo más probable es que hubiese que cambiar de ciudad cada vez. Deseché esa vía y obtuve plaza en la Escuela de Psiquiatría del Hospital Clínico de San Carlos, en Madrid, para hacer la especialidad de Psiquiatría. Pensaba que tenía facultades

P.- ¿Qué recuerdos guarda de su paso por la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense?

R.- A mí, que llegaba de un colegio donde éramos 30 alumnos por aula, me sorprendió entrar en un curso en el que estábamos matriculados 1.500, muchísimos compañeros no asistían nunca a clase y por eso las aulas solamente estaban abarrotadas y no colapsadas.

Para hacer prácticas había que espabilarse y hablar con los jefes clínicos de las disciplinas que podían interesarte. Tuve la suerte de entrar como alumno interno en Medicina Interna del Hospital Clínico de San Carlos, en Madrid, con una persona muy volcada en la docencia, el profesor Fernando Pérez Peña, del que aprendí el arte de saber escuchar y explorar al paciente para confeccionar una historia clínica completa, y hacerme a la idea de lo que podía ser trabajar en un gran hospital. Tenía que compaginarlo con trabajos precarios: dar clases de refuerzo, hacer encuestas, cuidar ancianos, etc., todo ello para ganar un dinero con el que cubrir mis gastos y no tener que sobrecargar a mi familia. Mi padre había fallecido de cáncer a los 46 años cuando yo estaba en segundo curso de carrera. Pudimos seguir con el proyecto vital que habían trazado para nosotros él y mi madre por la inquebrantable voluntad de mi madre y los apoyos económicos y emocionales de mi tío y padrino José Luis Anta, mi abuelo y maestro, Serafín Anta y el director del colegio, don Ignacio Elena. Unos años más tarde fallecieron dos de mis hermanos, cuando contaban 22 y 38 años. A pesar de estas desgracias pudimos rehacerlos, aunque los tres siguen muy presentes en nuestras vidas.



Grupo “Atorrantes” en la entrega del premio Santa Apolonia al doctor Harster.



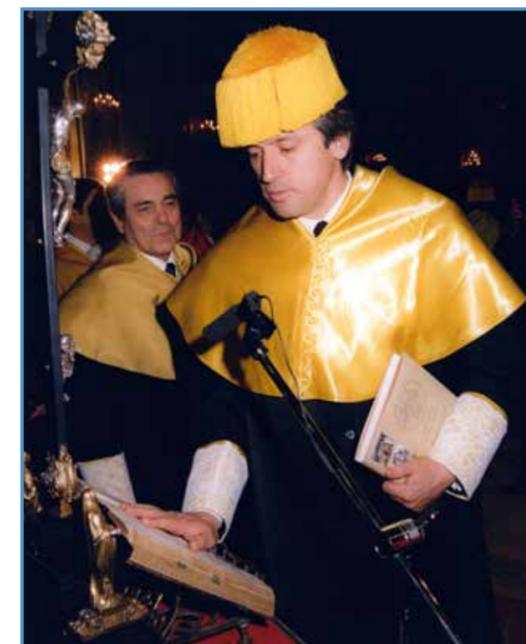
Junto al doctor Petersen en la Universidad de Copenhague, el doctor Cisneros y yo. 1994.



Comité Ejecutivo del doctor Villa Vigil.

para ser psiquiatra, pero pasado el primer año comprendí que no estaba cómodo y no llegaría a ser un buen profesional. Cursé los dos años para obtener el título de Especialista en Psiquiatría, pero a la vez comencé a preparar dos oposiciones del Estado que tenían temarios amplios pero casi idénticos: del Ministerio de Justicia como médico de Instituciones Penitenciarias y del Ministerio de Defensa como aspirante a médico militar. Los exámenes eran muy parecidos: cada una constaba de un examen teórico y otro práctico y se defendida ante el tribunal correspondiente. Aprobé ambas con pocas semanas de diferencia y opté por ser médico militar, ya que me daba la posibilidad de hacer una especialidad y estar en el mismo destino hasta llegar a jefe de servicio.

Me incorporé de inmediato para hacer la formación de tres meses en régimen de internado en la Academia General Militar de Zaragoza. En ese escaso tiempo el Ejército consigue que personas ya de 25 años o más, sin conocimientos militares, adquieran valores que podemos resumir en: honor, disciplina, abnegación, lealtad, valor y compañerismo, impregnado todo en las Reales Ordenanzas, de ellas reseñaré el artículo 14 que dice: “la justicia debe imperar en los ejércitos de tal modo que nadie tenga que esperar del favor ni temer de la arbitrariedad”. Al terminar el segundo ciclo de formación que se celebraba en la Academia de Sanidad Militar de Madrid, me incorporé a un destino en el que tenía que estar mínimo un año, en mi caso fue la División Acorazada de Madrid, como médico generalista, después, cuando decidí ser dentista, realicé la especialidad en la Escuela de Estomatología de Madrid y obtuve el Diploma de Estomatología. En el Ejército permanecí solamente 6 años, en 1985 se aprobó la nueva Ley



Recogida de acreditaciones de Doctor en UCM. 1999.

de Incompatibilidades del Personal al Servicio de las Administraciones Públicas, había obtenido en 1980 por concurso-oposición una plaza en el Servicio de Urgencias de Madrid. Me daba cuenta de que las instrucciones políticas iban vaciando de contenido la Sanidad Militar, con el cierre de hospitales y el poco interés por la formación continua en mi especialidad. Tuve que tomar una decisión difícil: pedir la excedencia del Ejército como capitán médico especialista en Estomatología. Conservo todavía una magnífica relación con la mayoría de los compañeros de mi promoción, muchísimos de los cuales han destacado en sus respectivas especialidades médicas y otros en misiones en el extranjero: Bosnia, Irak, Afganistán, etcétera; siguiendo con la línea trazada por nuestros antepasados y que hace que la Sanidad Militar sea el cuerpo más laureado después de la Infantería, y por la que han pasado insignes médicos como Balmis (jefe de la expedición filantrópica para la vacunación contra la viruela), Pagés (descubridor de la anestesia epidural) y Ramón y Cajal.

P.- Llegado a este punto, ¿por qué decidió ser dentista?

R.- Es un recuerdo que tengo muy grabado en mi memoria, fue lo que podíamos llamar “amor a primera vista”, un compañero, el doctor Julio Cayetano Robles, ya fallecido, que trabajaba en un pueblo de Madrid me invitó un día a pasarme por su consulta para observar su trabajo, (hasta entonces mi único acercamiento a la Estomatología había sido como paciente), accedí y la verdad es que sin mucha ilusión, pero todo eso cambió nada más entrar en su consulta y comprobar el cariño y el respeto con el que le saludaban los pacientes y, después, la forma clara y resolutiva con la que diagnosticaba

Con integrantes Comité Ejecutivo de legislatura del doctor Castro Reino y acompañantes.



y trataba las patologías de la boca, concretamente el primer paciente acudía con un fuerte dolor en la mandíbula, le diagnosticó una pulpitis aguda. Hizo una radiografía que reveló él mismo y después de anestesiar practicó una apertura cameral. Al ver esa independencia, agilidad y precisión en el acto médico, en ese instante decidí que yo quería ser dentista. Fue una decisión de las que Khaneman incluiría como “pensar rápido” y de la que nunca me he arrepentido.

P.- ¿Cómo fue su paso por la Escuela de Estomatología de Madrid?

R.- Guardo muy gratos recuerdos. El profesorado se afanaba con entusiasmo y dedicación para que pudiésemos aprender algo en lo que éramos totalmente legos, porque cuando un médico terminaba la licenciatura no sabía ni lo que era un diente, y esos profesores conseguían en dos años poner los pilares de cada una de las ramas de la Odontología para que pudiéramos empezar a trabajar de forma autónoma.

Las prácticas estaban perfectamente organizadas, primero en laboratorios y después ya con pacientes y siempre muy bien tuteladas. De algunos guardo vivos y buenos recuerdos, entre otros los profesores Calatrava, García-Barbero, Bascones, Donado, López Calvo, Vega, Riobóo, (recientemente fallecido), y otros docentes que estaban empezando en aquellos años y que se han consagrado como grandes profesoras, como la doctora Planells. Recuerdo al profesor Bascones organizando entusiasmado los cursos para que pudiésemos disfrutar de la presencia de autoridades mundiales en muchos campos, como los profesores Pindborg (de la Universidad de Copenhague) en Cáncer Oral o Carranza (de UCLA) en Periodoncia.

Tal vez por la poca diferencia de edad entre profesores y alumnos, recibíamos un trato algo alejado de nuestra condición de licenciados en Medicina. Volver a ser estudiante con exámenes muy frecuentes, asistencia a clases con pases de lista a las nueve de la mañana, etc., te devuelve mentalmente a una edad de mayor juventud, tanto es así que durante ese tiempo



Utilización del reposabrazos de mi invención.

“La promoción a la que pertenezco fue de las primeras en dar un salto importante en el uso generalizado de los métodos de barrera en todo tipo de tratamientos”

historia clínica, primero preguntando si pertenecía a grupos de riesgo, rápidamente esa pregunta quedó desplazada al estigmatizar a esas personas y se pasó a preguntar si realizaba prácticas de riesgo, tampoco era adecuada, ya que había asintomáticos en los primeros estadios de la enfermedad. La solución que se extendió rápidamente fue tratar a todos los pacientes como si fuesen portadores y potencialmente contagiosos, al comenzar entonces nuestra actividad nos resultó sencillo usar guantes, mascarilla y gafas de protección contra salpicaduras en todos los procedimientos. Esa adopción generalizada creo que ha contribuido a que en la presente pandemia de la COVID-19 los dentistas hayamos sido poco afectados en comparación con otros sanitarios.

P.- ¿Cómo fueron sus primeros años de ejercicio?

R.- Puedo definirlos como de mucha ilusión y bastante ajetreo, empiezas a ser consciente de que tienes que seguir formándote durante toda la vida profesional para poder dar un adecuado tratamiento a los pacientes que

tenía un grupo de estudio con los compañeros Miguel Palacio y Alberto Muro, eran magníficos estudiantes que me ayudaron mucho. No se permitían distracción alguna que les alejase de obtener notas de matrícula de honor. También guardo muy grato recuerdo de compañeros de prácticas como Verdú, Alández (fallecido a temprana edad), Vázquez de la Cueva, Uccero, entre otros. A todos ellos les sigo agradeciendo los buenos ratos que pasamos y que me sirvieran de consuelo en algún momento malo o de estrés.

Creo que no me equivoco si digo que la promoción a la que pertenezco (1983-85) fue de las primeras en dar un salto importante en el uso generalizado de los métodos de barrera en todo tipo de tratamientos, en aquellos años comenzaba la alarmante extensión de la pandemia del SIDA y se fueron conociendo las formas de transmisión por fluidos corporales, como saliva y sangre. Tuvimos que adaptarnos incluso a la forma de tomar los datos para la

confíen en ti. Empecé la consulta desde cero y poco a poco fueron llegando los pacientes, primero mis familiares y amigos, con los que tendré siempre una deuda impagable por confiar plenamente en mi responsabilidad para atender sus patologías orales. Como los ingresos no alcanzaban para vivir y cubrir los cuantiosos gastos que tiene que soportar un dentista recién instalado, tenía que seguir trabajando en el Servicio de Urgencias de Madrid, donde hacía un turno de dos noches de guardia semanales y algunos domingos.

P.- ¿Cómo se desarrolló su actividad profesional?

R.- Comencé con la ayuda de mi mujer, Paloma Vallejo, licenciada en farmacia e higienista dental, ella ha tenido desde entonces las labores más difíciles de una empresa: llevar las relaciones públicas, organizar hasta el más mínimo detalle del día a día y recordar a los pacientes los honorarios pendientes. Entre los dos hemos formado un buen tándem para el desarrollo de la clínica. Fuimos creciendo poco a poco con la única publicidad del boca a boca. En los comienzos pedía asesoramiento sobre muy diversas cuestiones al doctor Domingo Molina, que respondía con una paciencia infinita y la experiencia y bondad que le caracterizan. Tuve una valiosa ayuda del doctor Miguel Palacio con la ortodoncia y comencé a colaborar con el doctor Pedro Peña en la colocación de implantes. Como personal auxiliar encontramos dos personas muy dispuestas y eficientes, primero Pilar Juanas y cuando ella se fue contratamos a Margarita Agustino, que sigue todavía. Así estuvimos diecisiete años hasta que nos cambiamos a una clínica más espaciosa y multidisciplinaria, asociándonos con mis compañeros, el doctor Rafael Cisneros y su mujer, la doctora Susana de la Cruz. En esta nueva etapa nos complementábamos perfectamente, trabajando cada uno en las disciplinas en las que teníamos más destreza. En el caso del doctor Cisneros la endodoncia exclusiva, la doctora de la Cruz la ortodoncia y yo como generalista. Es enriquecedor hacer sesiones clínicas muy frecuentes para decidir el mejor tratamiento que se puedan realizar a cada paciente. La actividad del dentista ha de estar marcada por la autoexigencia y la Ética pero es deseable una evaluación frecuente por otros compañeros que le den una visión externa y más objetiva. El crecimiento personal y profesional pasa por el trabajo en equipo, así también se evita la soledad y todos los días aprendes algo y se puede comentar la actualidad profesional con distintos enfoques. Da mucha tranquilidad llegar cada mañana a la consulta y saber que tienes alguien con quien consultar cualquier duda. Además, entre varios se soportan mejor los cuantiosos gastos y es menos gravosa la adquisición de los costosos equipos para radiodiagnóstico, tratamiento de imagen, microscopio, micromotores específicos para las distintas disciplinas, etc.

Actualmente, nuestros caminos profesionales van por sendas diferentes, los doctores Cisneros y de la Cruz se han inclinado más por su actividad docente y nosotros por la clínica. Desde hace años se ha incorporado a la consulta nuestra hija Mónica, odontóloga, para llevar las áreas de Odontopediatría, Estética Dental e Implantoprotésis. Más recientemente se ha unido al equipo nuestro hijo Víctor, cirujano maxilofacial. Los dos aportan una gran preparación y toda la ilusión y fuerza para mantener la actividad e incorporar una visión moderna que es estimulante para todos. Formamos un equipo muy bien avenido y compenetrado y eso creo que se transmite a los pacientes



Con mi mujer e hijos en la clínica.



Ayudando a mi hijo en una intervención de cirugía oral.



Mi hija con los EPI, que serán el estándar de cara al futuro de la atención odontológica.

y les da una sensación de cercanía, a todo ello contribuye el personal auxiliar, llevan en nuestra pequeña empresa más de veinte años: Margarita Agustino, Isabel Rodríguez y Susana Sobrino. Es gratificante empezar la jornada de trabajo y comprobar un grado de buena disposición, alegría y profesionalidad con el que todo el mundo contribuye a que la actividad transcurra en un ambiente de cordialidad.

Me gustaría resaltar la ayuda que supone para cualquier clínico contar con la colaboración estrecha de buenos técnicos de laboratorio que resultan imprescindibles para el desarrollo de la actividad, tenemos unas magníficas relaciones de profesionalidad y

respeto mutuo con todos ellos: Puerta de la Cruz, Ortosol, Ávila Mañas, entre otros.

También son importantes las empresas que distribuyen y asesoran sobre los numerosos y variados materiales y equipos que necesitamos para llevar a cabo nuestra labor, la coordinación con los depósitos dentales, siempre solícitos ante cualquier necesidad y correas de transmisión de las innovaciones del mercado, entre otros, Alberto Vaquerizo (ASP) y Jesús Arenas (Master Dental).

Nada de esto habría tenido sentido sin la confianza que desde los comienzos de la actividad clínica nos han dispensado tantos y tantos pacientes, su bienestar, prevención de las enfermedades y tratamientos lo más exitosos posible han sido nuestra máxima preocupación. Ellos, con su fidelidad y valoración de nuestro trabajo, han devuelto con creces lo que les entregamos.

P.- ¿Cómo enfocó su formación continua?

R.- Antes de terminar en la Escuela ya comencé a acudir como observador



Con mi hijo y su suegro en el campo de golf de A Zapateira.



Esquiando con nuestros hijos y sus cónyuges.



Ruta a caballo en Cantabria.

a la clínica de un reputado dentista, el doctor Molina, con el que he mantenido una amistad hasta el momento actual, cuando no tenía que estudiar me acercaba a su consulta a observarle trabajar durante horas, allí me enseñaba la mejor manera de diagnosticar y ejecutar los tratamientos y algo también importante como es la manera profesional, cariñosa y cercana con la que trataba a todos los pacientes. El éxito de un dentista se ha de medir por los resultados a largo plazo, tengo la oportunidad de tener entre mis pacientes a algunas personas tratadas por el doctor Molina hace más de cincuenta años y puedo comprobar la precisión de sus tratamientos en endodoncias realizadas con la difícil técnica de Goldberg, que dominaba como nadie, obturaciones de amalgama e incrustaciones de oro sin la más mínima filtración o prótesis fijas de oro y cerámica con adaptaciones perfectas.

También estuve de observador en las clínicas de otros grandes profesionales: doctores, Palacio, Harster, Martínez Corría, Badanelli, Tapia, Alánde, Peña, Cisneros, Azabal, con algunos estuve unas horas y con otros muchos meses. Todos me enseñaron desinteresadamente, algo que hace años era muy común, pero que desde la distancia valoro y agradezco más. Desde hace ya bastantes años para formarse es preciso hacer largos y costosos másteres, los dentistas jóvenes han de saber elegir porque los hay muy buenos, organizados por profesionales reconocidos y buenos docentes y otros que buscan principalmente el lucro y de los que no van a obtener una buena formación.

Comencé a seleccionar los cursos y congresos que podrían completar mi formación. Durante todo el curso escolar 1985-86 asistí a la cátedra del profesor Bascones durante el año sabático que permaneció allí el profesor Carranza en un curso teórico y práctico muy completo sobre Periodoncia. Otros muchos han sido de menos horas lectivas pero en total suman mucho tiempo de dedicación.

P.- ¿Ha tenido oportunidad de dedicarse a la investigación o a la enseñanza?

R.- Lo más destacado fue realizar mi tesis doctoral, titulada: Importancia de los parámetros periodontales en el diagnóstico precoz de la patología periimplantaria, defendida en 1998 y calificada por el Tribunal con la máxima nota. Para ello tuve importantes ayudas, sin las cuales no lo hubiese conseguido. Al principio, para elegir el tema y enfocar la línea de investigación, fue esencial mi amigo el profesor Alánde Chamorro (fallecido a muy

temprana edad). Poco después pedimos al profesor Bascones, catedrático de Estomatología Médica, si nos podía ayudar en la dirección, a pesar del ingente trabajo que desarrollaba acogió la idea con el entusiasmo, energía y rigor que le caracterizan y me puso en contacto con las personas necesarias para la investigación clínica, proporcionó mucha bibliografía y llevó gran parte del peso de la revisión constante. La dirección fue organizada por los dos en una colaboración universitaria ejemplar. El departamento de Cirugía de la Facultad de Odontología de la Universidad Complutense de Madrid me proporcionó la colaboración de su personal para la selección y organización de los pacientes y los medios materiales. Mi mujer me ayudó con el manejo de los pacientes y en la recogida de datos para la elaboración de las historias clínicas. El profesor Villa Vigil realizó el complejo estudio estadístico. A todos ellos les sigo recordando con gratitud y afecto.

Durante cinco años coordiné el Máster de Endodoncia y Odontología Conservadora en la Institución Universitaria Misisipi, de la que era director y creador de los másteres en Odontología el profesor Rivero Lesmes. Conseguimos reunir un profesorado joven que se volcaba en la enseñanza y eran unos reconocidos profesionales y pedagogos magníficos. Entre otros, los doctores y doctoras, Rodríguez, Ucerro, Montero y García-Adánez. Además, contábamos con la colaboración frecuente de profesores invitados como los doctores, Llamas, Martínez Berná, Badanelli, Rivero, Martínez González y otros con asistencia más esporádica. De esa Institución han salido profesionales con una extraordinaria formación que ocupan hoy en día lugares punteros tanto de Endodoncia como de la Odontología Conservadora. Fue un tiempo breve pero muy intenso y fructífero.

P.- Parece ser que usted ha estado en el Consejo General de Dentistas.



Grupo "Aterrantes" en la última reunión poco antes del fallecimiento del doctor Harster.

¿Nos puede hablar de esa etapa?

R.- Con mucho gusto. Entré a formar parte como secretario del Comité Ejecutivo del Consejo General de Dentistas en 1993 en la legislatura del doctor Lara Sanz. Yo era bisoño en los temas de la política colegial, pero tuve buenos maestros y aprendí bastante rápido. Posteriormente desempeñé cargos de vocal y otra vez secretario en tres legislaturas del doctor Villa Vigil y como vicepresidente en una del doctor Castro Reino. También tuve el honor de ser el presidente del Comité Central de Ética durante cuatro años. Para todo joven dentista es una magnífica oportunidad el contacto con la política colegial. Allí me reunía con los presidentes de todos los colegios y comprobé de cerca la lucha que llevan por mantener el prestigio de la profesión y velar por las buenas prácticas en todos los ámbitos. Es una Institución que ejecuta un trabajo callado y promueve la salud oral constantemente y en todos los medios a los que tiene acceso. Muy interesante resultan las relaciones con las instituciones del Estado y los medios de comunicación para darle visibilidad a la profesión. No menos importante es la representación internacional ante las máximas instancias de la Odontología mundial como la Federación Dental Internacional, de la que un español que acaba de fallecer, el doctor González Giralda, fue el presidente en los años 80.

Fui nombrado Consejero de Honor y recibí en mi despedida la "Placa al Mérito".

Actualmente conservo vínculos muy estrechos con la mayoría de los compañeros de esas etapas y especialmente con un grupo que se formó con los miembros del Comité Ejecutivo al principio de mi estancia en el Consejo, grupo al que ahora llamamos "Aterrantes", los doctores Lara, Molina, Galván, García Fernández, Gallastegui, Cisneros, García Palao y yo, y hasta hace poco el doctor Harster, que ya nos ha dejado. También se incorporaron algunos presidentes de colegios como los doctores Navarro, Cáceres, Nieto y el ya fallecido Maceda. Además de los mensajes casi diarios por las redes sociales, nos reunimos siempre que nos dejan nuestras obligaciones para debatir sobre cualquier asunto de interés, bien sea de la actualidad de nuestra profesión o de los más variados temas por controvertidos que sean, y es que nuestra amistad está por encima de las lógicas discrepancias, todo ello es muy enriquecedor y nos da una perspectiva amplia y

muy necesaria en una profesión en la que el contacto con otros compañeros es muy esporádico. Aunque solo fuera por haber conocido a todas esas personas, mi estancia de tantos años en el Consejo ya estaría bien recompensada.

P.- ¿De qué aspecto se siente más orgulloso en su ejercicio profesional?

R.- Me siento orgulloso de haber podido mantener durante tantos años los principios que guiaron siempre mi actividad, que son la independencia y la libertad para tratar a los pacientes según mi criterio y basado en la ética profesional. Me explico, a mediados de los ochenta comenzaron a surgir las mal llamadas compañías de seguro dental, estas empresas nunca han asegurado nada sino que lo que hacían era cobrar a los clientes una cuota mensual y después, cuando el paciente tenía que acudir al profesional debía abonar una franquicia, el profesional tenía que tratar al paciente por una cantidad irrisoria y que solo era rentable aumentando mucho el número de tratamientos y trabajando durante jornadas extenuantes. La compañía cobraba íntegramente la cuota y los únicos gastos que soportaba eran los de gestión, para ella todo eran ventajas y no corría ningún riesgo porque el dentista era el que soportaba cualquier tipo de reclamación. Posteriormente han surgido empresas en las que el plan de tratamiento no lo hace un profesional dentista sino un comercial y obligan a los profesionales a adaptarse o pueden ser despedidos. Todo ello comporta un alto riesgo de prácticas presuntamente lejanas a la lex artis.

Recientemente se han publicado reclamaciones contra las compañías de seguro libre por la Federación Nacional de Asociaciones de Trabajadores Autónomos (ATA) en el caso similar de los médicos en las que afirman: "Hemos visto situaciones laborales durísimas en nuestra asociación, por ejemplo, los taxistas, pero esto lo supera".

P.- Imagino que también habrá habido decepciones en su vida laboral.

R.- Por supuesto, en una profesión que requiere un alto grado de precisión y estética siempre hay casos, afortunadamente pocos, en los que solo se consiguen parcialmente. Además, el paso del tiempo y los malos hábitos que podemos tener los pacientes acaban deteriorando muchos trabajos por aceptables que hubiesen quedado en su momento. Creo no equivocarme si digo que todo dentista tiene presente cada día algún paciente que le preo-

"Me siento orgulloso de haber podido mantener durante tantos años los principios que guiaron siempre mi actividad"

pa, ya sea por un diagnóstico difícil o un pronóstico incierto. Sin embargo, en esta profesión son mucho más numerosos los momentos buenos que los problemáticos.

Por otra parte, sí he sufrido una decepción al no ver materializado un proyecto en el que puse mucha ilusión, hace más de quince años patenté un modelo de utilidad: "Apoyabrazos para sillones dentales" que mejora la postura de los profesionales al trabajar en la boca, con él se pueden obtener diferentes superficies de apoyo mientras se ejecutan los tratamientos largos o de precisión y que pueden provocar importantes lesiones en la espalda. Lo ofrecí a algunos fabricantes de sillones dentales para que los incorporasen en sus equipos, pero no tuve éxito a la hora de hacer ver las bondades del dispositivo, seguramente ha sido por no saber vender. Desde entonces lo utilizo diariamente y me sigue pareciendo una mejora importante.

P.- ¿Cómo ha influido la pandemia de COVID-19 en el ejercicio de los dentistas?

R.- La pandemia nos somete a unas dificultades de todo tipo: sanitarias, psicológicas, económicas, etc. La profesión ha reaccionado de manera ejemplar, incluso me atrevería a decir heroica. Al principio faltaba información para saber la peligrosidad del virus y, a pesar de ello, los dentistas y nuestro personal auxiliar seguimos tratando las urgencias con los medios de que disponíamos. Después del confinamiento comenzamos con la atención convencional adoptando unas medidas que han resultado ser muy adecuadas, sin transmisión hacia nuestros pacientes y siendo la profesión sanitaria menos afectada por los contagios. Esto tiene mucho mérito teniendo en cuenta que somos la de mayor riesgo al tener que trabajar a muy corta distancia de personas sin mascarilla.

Buscando obtener enseñanzas de esta tragedia, creo que ocurrirá como con la del VIH, mejorará la capacidad preventiva y nos defenderá de problemas futuros. Alguna de las medidas que hemos incrementado se quedarán como hechos rutinarios porque mejoran la seguridad del paciente y la nuestra: desinfección de las manos del paciente antes de entrar al gabinete, empleo por nuestra parte de mascarillas FFP2 y pantallas de protección facial cuando vayamos a producir aerosoles, ventilación más intensa y frecuente de lo que veníamos haciendo, etc. En resumen, daremos más importancia a normas básicas y económicas que teníamos un poco abandonadas por la irrupción masiva de la alta y costosa tecnología.

P.- ¿Cómo se imagina el futuro de la Odontología?

R.- Seguirá la inercia de los últimos años, pero creo que se avecinan algunos cambios importantes. Los problemas ocasionados por algunas compañías de asistencia odontológica han distorsionado el mercado con una publicidad muy agresiva, una forma de entender la asistencia odontológica pensando más en las cuentas de resultados que en los intereses sanitarios de los pacientes y que ha provocado la quiebra de varias de ellas, ocasionando



Con nuestros hijos en Sudáfrica.



En Islandia. 2016.

“Se aprobará pronto la ley para regular las especialidades odontológicas y equipararnos en este aspecto con nuestros socios europeos”

enormes perjuicios para miles de pacientes. Estos acontecimientos parecen haber despertado la atención de los políticos y estamos en vías de que se regule la publicidad sanitaria, espero que se ponga fin a la desastrosa etapa del *todo vale*.

Se aprobará pronto la ley para regular las especialidades odontológicas y equipararnos en este aspecto con nuestros socios europeos. Sin embargo, creo que no representará un cambio muy importante en la actividad diaria de la mayoría de los dentistas. En este punto veo un pequeño inconveniente, después de la aprobación de la primera o primeras Es-

pecialidades, la mayoría de las más de cuarenta sociedades científicas adscritas al Consejo General querrán optar a ser también Especialidad y comenzará una pugna que durará muchos años.

Seguirá la insistencia de los líderes de nuestra profesión para conseguir más recursos públicos y poder extender la asistencia odontológica a las capas más necesitadas de la sociedad, espero y deseo que lo consigan. En este punto no soy muy optimista. Cuando se aproximan elecciones nunca faltan políticos más o menos populistas que ofrecen asistencia dental gratis para todos, prometen cosas que no pueden cumplir, pero les da igual con tal de obtener votos. Para ejemplo de la imposibilidad que eso entraña baste sólo recordar las enormes dificultades logísticas que está provocando la administración de las vacunas contra la COVID-19, estamos hablando de dos o tres pinchazos, equivalente a cinco minutos de tiempo de atención clínica por persona y año, con cientos de miles de sanitarios con la

formación suficiente para administrarla. En el caso de la asistencia dental se requerirían de media varias horas anuales para cada usuario, unos profesionales altamente cualificados, además de materiales y equipos muy costosos.

Espero que lleguen a la clínica las técnicas de regeneración de tejidos con cultivos celulares y que darán soluciones para los problemas que tenemos ahora en maxilares atróficos.

La tecnología estará más presente en todas las facetas y hará más necesaria la asociación de varios profesionales en una misma clínica para poder asumir los elevados costes.

Lo que no debería cambiar es la idea hipocrática de poner los intereses del enfermo por encima de cualquier otra consideración.

P.- ¿Puede contarnos algo de sus aficiones y empleo del tiempo libre?

R.- Me gusta viajar, he estado con mi familia y, algunas veces con amigos, en muchos lugares de cinco continentes, siempre me ha parecido una extraordinaria manera de aprender, conocer otras culturas y valorar lo que tenemos, viendo la realidad por uno mismo y sin distorsiones debidas a los inevitables sesgos. Es mejor para hacerte una idea más correcta de las diferentes formas de ver la vida y procuramos hacerlo al menos una vez al año.

Casi diariamente le dedico algún tiempo a la lectura, aunque menos del que sería ideal. Me gustan el ensayo y la historia.

Debido, probablemente, a la influencia que dejaron mis orígenes rurales, me apasiona todo lo que se pueda realizar en contacto con la naturaleza: senderismo, largas excursiones a caballo por muchos lugares de la geografía española, pero sobre todo en la Comunidad de Madrid y sus alrededores. Pertenezco a un grupo en el que hay consumados jinetes y amazonas, muchos de ellos concursan frecuentemente en disciplinas como, salto, completo y otras, uno de ellos fue campeón de España en la disciplina de concurso completo, otro acaba de atravesar a caballo la cordillera de los Andes, varias compañeras son expertas en Doma Natural. Con ellos he aprendido a criar caballos y domarlos con una técnica eficaz y sencilla, basada en la comprensión de la psicología equina, denominada "Doma Natural". También me encanta el esquí, que practico actualmente con poca frecuencia y siempre acompañado de mi familia y un grupo de amigos que mantenemos esa actividad como vínculo de unión desde hace cuarenta años. Ahora, con el avance de la edad, voy reduciendo algo la práctica de las actividades que conllevan más riesgo y dedico algún tiempo a jugar al golf, considero que es un deporte muy exigente en el que se compite contra los peores enemigos, que no son otros que las propias inseguridades. Por otra parte, en la competición individual me ocurre algo que me ha perseguido desde que de niño jugaba con mis hermanos, la sensación de ganar es agradable, pero si yo gano los demás tienen que sufrir en la derrota y hace que mi victoria no sea del todo feliz, prefiero jugar bien aunque pierda antes que ganar jugando mal. Me sorprende ese afán por ganar siempre que tienen muchas personas, incluso jugando contra sus hijos. Utilizo las actividades deportivas como un medio para mantener algo de forma física y mental y no como un fin en sí mismas.

P.- Háblenos de su familia más cercana

R.- Siguiendo con la sinceridad de toda la entrevista, le diré que no creo que sea posible tener una mejor. Paloma, mi mujer, y yo llevamos juntos desde hace 43 años. Ella tiene muchas cualidades: inteligencia, capacidad de sacrificio, responsabilidad, empatía, generosidad con sus familiares y amigos, muy elegante, un saber estar innato en cualquier situación... Lo puedo resumir en un resultado concreto: con su influencia diaria consigue con la mayor naturalidad que todos seamos mejores personas. Tenemos una hija, Mónica, odontóloga, que ha hecho el Doctorado en el Departamento de Prótesis de la Facultad de Odontología de la UCM y también el máster de Implantoprótesis con el Profesor del Río, en la actualidad es profesora colaboradora del título propio de Especialista en Implantoprótesis. Además de la Prótesis, dirige en la consulta la sección de Odontopediatría, para la que tiene tal destreza que es capaz de conseguir que niños con fobia al dentista acaben entregados emocionalmente y viendo todo el tratamiento como un divertido juego.

Nuestro hijo Víctor es cirujano Maxilofacial, viendo el trabajo que desarrolla he podido comprobar de primera mano la dificultad que en-



Con mi madre y mis cuatro hermanos en la boda de mi hija. 2018.



Con nuestros hijos, sus cónyuges y los dos nietos.

traña esa especialidad médica, por poner solo dos ejemplos: las microcirugías para tratar enfermedades oncológicas o malformaciones, en las que tienen que hacer injertos de peroné con anastomosis vasculares termino-terminales, llegan a durar catorce horas; y un tema de la formación es: "Acceso transfacial a la base del cráneo". Es Adjunto en el hospital 12 de Octubre de Madrid, está realizando el Doctorado y colabora en la clínica familiar cuando hay alguna intervención de Cirugía Oral. Han sido siempre atentos, cariñosos y muy buenos estudiantes y trabajadores, no nos han dado jamás ni un solo problema. También han sabido elegir a sus parejas: Sergio Arroyo (ingeniero Informático) y Laura Mariñas (licenciada en Medicina y Especialista en Oftalmología). Los dos complementan y mejoran la familia.

Recientemente hemos tenido dos grandes alegrías, una por cada nieto que ha venido a llenarnos de esa felicidad especial que me contaban abuelos veteranos y yo no me creía demasiado.

P.- Por último, ¿tiene pensado jubilarse?

R.- Hace cuatro años que estoy oficialmente en lo que se denomina jubilación activa. Sigo trabajando en la clínica, aunque he disminuido algo el ritmo y dejo un día libre entre semana. Mi deseo es seguir trabajando mientras me lo permitan las condiciones psicofísicas y pueda atender a los pacientes de manera adecuada. Sigo con la misma ilusión que cuando empecé, voy a cursos de formación continua y procuro estar al día. Por otra parte, todavía puedo enseñar algo a mis hijos, ellos son más inteligentes que yo y están muy preparados, pero mis muchos años de ejercicio dan una visión global que les puede ayudar en su formación.